



# DOÑA JUANA LA LOCA ¡PRESENTE!

MANUEL VICENT

«Primeros síntomas de demencia de Doña Juana la Loca (año 1503)», por L. Tusell.

**E**SCRITOR es el que escribe, aunque luego publique sus cosas en las paredes o en la puerta del retrete de las cafeterías. El otro día leí una pintada que decía: «Doña Juana la Loca ¡presente!». Por otra parte ya es un clásico aquel slogan de la transición política en los muros de la ciudad: «¡Muerte al cerdo de Carrillo!». Y el comentarista que añadió debajo con brocha gorda: «Cuidado, Carrillo, que te quieren matar el cerdo.» El genio literario anda suelto por la calle y alcanza su máxima inspiración en la ruta de los urinarios. Norman Mailer recogió la inscripción que había encontrado sobre la tapa de un inodoro público de Nueva York. Alguien escribió allí: «Dios ha muerto. Firmado. Nietche.» Y un anónimo corrigió a renglón seguido: «Nietche ha muerto. Firmado. Dios.» Ser escritor es fácil. Basta con tener un deseo de salvar al mundo en bloque. Para eso sólo se necesita un bote de spray y un zócalo, un bolígrafo y una caja de ascensor, un dedo embadurnado con excremento y una puerta de retrete. Y además se requiere eso que se llama vocación, es decir, una lesión cerebral.

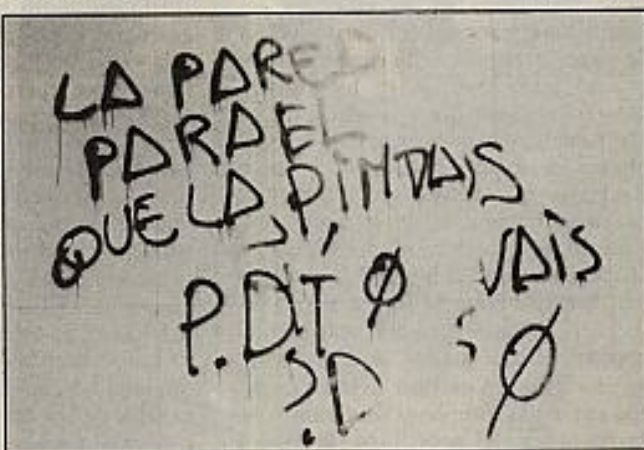
Un buen día el escritor es concebido en el vientre de su madre. No suele suceder nada en los tres primeros meses de embarazo. Ese pececillo traslúcido, que pasado el tiempo será concursante fallido o fallado al premio Planeta, nada tan tranquilo en el bolso de la placenta con ojos paranoicos. A unos les pasa antes, a otros después. Pero llega un momento en

que el feto del escritor se da un cate en sus idas y venidas contra una pared de su habitación y en la nuez gelatinosa del cráneo se le inserta una herida secreta. El futuro literato nace de forma ordinaria, sin una señal exterior. A la madre le dan caldos de gallina y el genio pasa a la incubadora. Y por regla general no hay síntomas de nada en el firmamento ni en la tierra, en el cielo raso de la clínica ni en el suelo de la alcoba, aunque la huella sagrada en el cerebro comienza a hacer su trabajo.

Antiguamente los que iban para santos dejaban de mamar los viernes de cuaresma; de niños llevaban la hostia consagrada a las catacumbas o al refugio del metro de Noviciado bajo el bombardeo, como San Tarsicio; se les subía el pavo de la castidad cuando sorprendían el cuello de gacela de una amiga de la hermana, como San Luis Gonzaga y legado el caso se dejaban asaetar mirando al tendido como San Sebastián. Pero si por casualidad lograban llegar a la madurez sin que un emperador lascivo, comiendo uva perezosamente, les arrojara al foso de los leones, entonces una buena mañana dejaban el arado en manos de un ángel y ellos se ponían bajo una encina a meditar en las esferas celestes. Quie-

re decirse que ya desde zurrapas, cuando aún usaban dientes de leche, los santos antiguos daban pruebas de santidad, como los erales de buena ganadería dan pruebas de bravura. Con los escritores sucede igual, porque la literatura es otra llamada de los dioses redentores según un perfecto escalafón. Muy pocos lo confiesan abiertamente, pero todos los escritores sienten el deseo de salvar a la humanidad, a la patria, a la región, al pueblo de origen, al prójimo, al lector, a cualquiera que se deje. Y ese deseo es una forma de erotismo, esa clase de vanidad lujuriosa de estar presente en las mesillas de noche, de ser seguido en pijama o en camión transparente por imaginarias amas de casa.

El escritor, desde pequeño, ofrece algo ensimismado en los ojos o exhibe un punto tronado en la calavera que llena de admiración al vecindario y es pasmo de criadas, maestros de escuela y curas párrocos. Puede pasar por





## DOÑA JUANA LA LOCA

una mosca muerta. Se le ve tan pálido e inapetente que toda la familia alrededor pugna por darle ponches, papillas, compotas y postres de arroz con leche. La dieta infantil del escritor en la mayoría de los casos es muy rica en glucosa. No se sabe por qué sucede esto. Al principio nadie advierte que aquel niño encerrado largas horas en su cuarto está tramando algo transcendental. El destino suele comenzar con un pie inofensivo, con unos versos, por ejemplo. El pequeño escritor es un ser melancólico, este es un dato significativo; se pasa parte de las tardes, mientras sus compañeros juegan a matarse en el descampado, con la nariz pegada en el cristal de la ventana contemplando pájaros ateridos en los aleros, niñas improbables asomadas a otras ventanas bajo el crepúsculo violeta. De pronto un día se le hincha el pecho y escribe furtivamente el primer poema como un pecado solitario. La carrera literaria ha comenzado. En aquellos versos, si bien se mira, está incluida una receta subconsciente para la salvación universal. El amor infinito, la ansiedad omnipotente, los remedios infalibles, el deseo insaciable de penetrar hasta el eje del misterio insondable de la vida están incluidos en aquellos cuadernos adolescentes. El futuro escritor hace una pausa, respira profundamente, toma carrerilla, da un salto deslumbrante dentro de sí mismo y escribe el primer artículo sobre las castañeras. Prácticamente eso es la gloria de la pubertad.

A partir de ahí comienza la ascensión a las estrellas. Colaboraciones espontáneas en un diario de la tarde, en la sección: buzón abierto; entrevista a una autoridad local; reportaje social sobre la recolección del azafrán; carta a un director de periódico de la capital, sin respuesta; mientras va engordando el mazo de folios de una novela que mandará a un concurso. Trata de Dios, de la conciencia, la política, el sexo, el terrorismo, todo junto. El original, después de cuatro meses de silencio, le es devuelto sin abrir. Para entonces esta novela ya tiene una hermana en el cajón, un asunto que trata del fin del mundo y de la resurrección de la carne. A todo esto el joven escritor ya ha logrado colocar tres artículos y la crítica de un libro en una hoja parroquial, en una revista en *ciclostyl* y en la emisora de radio de su pueblo. Todo está preparado para el gran momento. Una noche de cólera el escritor sale a la calle con un cubo de alquitrán y una brocha. Elige la mejor pared de su barrio y garabatea con trazos muy gordos: «Doña Juana la Loca (presente)». El joven escritor deja en la pared sus obras completas sin firmar y se va en busca del acueducto. ■ M.V.

54 triunfo



# LAS OBRAS MAESTRAS DESCONOCIDAS

AUGUSTO ROA BASTOS

**L**A problemática de la producción artística y las constricciones del mercado afectan inevitablemente la actividad, mejor diría la vida creativa del autor y por ende la calidad de sus obras.

Así, la separación económica del trabajo de todos los elementos de su realidad efectiva y afectiva, la ruptura entre el individuo y el objeto, entre el artista y su obra, representan para la actividad y en consecuencia para el autor que cede y accede a los halagos de la política literaria y monetaria una «operación de éxito mortal». Un absurdo en cierto modo semejante —alguien lo señaló con corrosiva ironía— a la «separación económica» del cantante y sus cuerdas vocales.

¿Hasta qué punto el escritor absorbido por el circuito de la producción de objetos de consumo queda dueño de sus cuerdas vocales? ¿desde qué límites y hasta qué límites la prosperidad creciente de esta producción no representa para él, en este campo, un riesgo de éxito mortal?

Dickens, es cierto, se convirtió en su propio editor. Pero los tiempos han cambiado y no todo escritor puede jactarse de ser un Dickens en potencia y menos en acto.

Una disyuntiva lo enfrenta: callarse (el silencio como texto ausente, como la proyección de una obra que habla por la «omisión de sí»). El silencio de Rulfo. El suicidio de Arguedas.

La otra alternativa es convertirse directamente en mercader, que es lo que ocurre con cierta frecuencia estadística. La comparación con el comercio de obras de arte, en particular telas de autores famosos, contemporáneos o no, no ilustra ni siquiera aproximadamente sobre lo que ocurre en el tráfico en gran escala de las obras de ficción. Son dos universos, dos tradiciones completamente diferentes cuya equiparación sólo muestra por contraste la situación de desventaja artística y económica de los autores, aunque éstos hayan llegado igualmente a la celebridad y a la riqueza.

El juego dialéctico entre los dos polos de arte y mercado trabaja en el tiempo en favor del aumento y acendramiento de los valores de las obras de arte: cuadros, frescos, esculturas. En museos públicos o colecciones privadas; a través de la actividad especulativa de *marchands*, coleccionistas e intermediarios de todo género, las obras de arte poseen un estatuto de dignidad y presencia espiritual inmune a las especulaciones de mer-

Enero 1982